

UN-SU KIM

LOS PLANIFICADORES

Traducción:

FERNANDA MELCHOR



MAEVA | NOIR

Acerca de la hospitalidad

EL VIEJO SALIÓ al jardín.

Reseng ajustó la mira telescópica y tiró de la palanca de carga. La bala emitió un fuerte chasquido al entrar en la recámara. Miró a su alrededor: a excepción de los abetos que se estiraban para tocar el cielo, nada se movía. El bosque guardaba silencio. Ningún pájaro emprendía el vuelo; ningún insecto chirriaba. Teniendo en cuenta la quietud de aquel lugar, el ruido del disparo se percibiría a larga distancia. ¿Y si la gente lo oía y acudía corriendo? Desechó la idea. No tenía sentido preocuparse. Las detonaciones de arma de fuego eran algo común allí. Pensarían que se trataba de cazadores furtivos tras un jabalí. ¿Quién malgastaría su tiempo adentrándose en lo más profundo del bosque solo para investigar el origen de un disparo solitario? Reseng escudriñó la parte occidental de la montaña. El sol se encontraba a una mano de distancia de la cima. Aún tenía tiempo.

El viejo comenzó a regar las flores. Algunas recibieron un buen trago, otras, solo un sorbo. El hombre inclinaba la regadera con gran ceremonia, igual que si estuviera sirviendo té. De vez en cuando sacudía un poco los hombros, como si bailara, y acariciaba fugazmente un pétalo. Le hizo gestos a una de las flores y rio entre dientes. Parecía que estuviera conversando. El tirador ajustó de nuevo la mirilla y examinó la flor con la que el hombre hablaba. Le resultaba familiar. Seguramente la había

visto antes, pero no se acordaba de su nombre. Trató de recordar cuáles eran las que florecían en octubre —¿dalias?, ¿cinias?, ¿crisantemos?—, pero ninguna de ellas coincidía con la flor que contemplaba. ¿Por qué no le venía a la cabeza? Frunció el ceño y se esforzó por encontrar el nombre, aunque pronto abandonó también aquella idea. Era solo una flor, ¿qué importaba?

Un inmenso perro negro cruzó el jardín y frotó la cabeza contra el muslo del viejo. Un mastín de pura raza. La misma bestia que Julio César llevó consigo después de conquistar Britania, el perro que los antiguos romanos empleaban para cazar leones y acorralar caballos salvajes. Cuando el viejo le dio una palmadita, el animal sacudió la cola y se le enroscó entre las piernas, impidiéndole proseguir con el riego. El hombre arrojó un balón de fútbol desinflado hacia el otro extremo del jardín. El can corrió tras él, moviendo la cola, y el viejo pudo volver a sus flores. Igual que antes, les hizo gestos, las saludó, habló con ellas. El animal regresó enseguida, con el balón entre los dientes. El hombre lo arrojó más lejos aquella vez y el perro volvió a perseguirlo. El feroz mastín que algún día había cazado leones había quedado reducido a un payaso. Y aun así, el hombre y el animal parecían hechos el uno para el otro. Repitieron el juego una y otra vez. Lejos de aburrirse, ambos parecían disfrutarlo.

El viejo terminó de regar las plantas, se irguió y se estiró, sonriendo con regocijo. Entonces se volvió y miró en dirección a la montaña, como si supiera que Reseng se encontraba allí. El rostro risueño del hombre apareció en el punto de mira. ¿Sabía que el sol estaba a menos de una mano de distancia del horizonte? ¿Sabía que estaría muerto para cuando el astro se hundiera tras la montaña? ¿Por eso sonreía? O tal vez ni siquiera estuviera sonriendo. Su rostro parecía congelado en una mueca permanente, como una máscara Hahoe de madera tallada. Algunas personas tenían caras así: personas cuyos sentimientos

íntimos nunca podías adivinar, que sonreían constantemente, incluso cuando estaban tristes o enfadadas.

¿Debía apretar el gatillo en aquel momento? Si lo hacía, podría estar de regreso en la ciudad antes de medianoche. Tomaría un baño caliente, bebería unas cuantas cervezas hasta emborracharse o pondría un viejo disco de los Beatles en el tocadiscos y pensaría en todas las cosas divertidas que podría hacer con el dinero que pronto llegaría a su cuenta bancaria. Tal vez, después de aquel último trabajo, podría cambiar de vida. Abriría una pizzería frente a una escuela de secundaria o vendería algodón de azúcar en el parque. Se imaginó a sí mismo ofreciendo a manos llenas globos y algodón de azúcar a chiquillos y dormitando bajo el sol. Podría vivir una vida así, ¿verdad? Aquella idea de pronto le pareció maravillosa, pero tenía que reservar aquel pensamiento hasta después de apretar el gatillo. El viejo todavía estaba vivo y el dinero aún no figuraba en su cuenta.

La sombra de la montaña se cernía con rapidez sobre el hombre y su cabaña. Si iba a apretar el gatillo, debía hacerlo ya. El viejo había terminado de regar las plantas y regresaría al interior de su vivienda en cualquier momento. Entonces el trabajo se volvería más difícil. ¿Para qué complicarlo? «Presiona el gatillo. Presiónalo ahora y vete de aquí.»

El viejo sonreía y el perro negro corría con el balón de fútbol en el hocico. El rostro del hombre aparecía con nitidez cristalina en la retícula del punto de mira. Exhibía tres profundas arrugas que le cruzaban la frente, una verruga sobre la ceja derecha y manchas de vejez en la mejilla izquierda. Reseng contempló el lugar donde una bala pronto atravesaría el corazón del hombre. El suéter parecía tejido a mano, no de confección industrial, y estaba a punto de empaparse de sangre. Todo lo que tenía que hacer era apretar el gatillo un poco para que el percutor golpeará el detonador del cartucho de 7,62 mm y la pólvora dentro del casquillo

de cobre se encendiera. La explosión impulsaría la bala a través de las estrías del cañón y la propulsaría por el aire, directa al corazón del viejo. La enorme velocidad y la fuerza destructiva del proyectil harían que los destrozados órganos del viejo abandonaran su cuerpo por un orificio de salida en la parte baja de la espalda. Con solo pensarlo, se le erizó todo el vello. Sostener la vida de otro ser humano en la palma de la mano siempre le producía una sensación curiosa.

«Presiónalo.»

«Presiónalo ahora.»

Y, sin embargo, por algún motivo, Reseng no apretó el gatillo, sino que puso el rifle en el suelo.

—Ahora no es el momento adecuado —murmuró.

No estaba seguro de por qué no lo era. Solo sabía que había un momento adecuado para todo. Un momento concreto para comer helado. Un momento preciso para inclinarse a besar a alguien. Y tal vez sonaba muy estúpido, pero también había un momento exacto para apretar un gatillo y un momento oportuno para disparar una bala al corazón. ¿Por qué no habría de existir uno? ¿Y si resultara que la bala de Reseng surcaba el aire en dirección al corazón del viejo justo cuando el momento adecuado se presentaba, por pura casualidad, ante él? Eso sería magnífico. Aunque, por supuesto, quedaba claro que no estaba esperando la llegada del momento ideal; el instante más propicio bien podría no llegar nunca. O podría pasar sin que él se diera cuenta. Se le ocurrió que, simplemente, aún no quería apretar el gatillo. Ignoraba por qué, solo sabía que no quería hacerlo. Encendió un cigarrillo. La sombra de la montaña había cubierto la cabaña del viejo y continuaba avanzando con sigilo.

Cuando oscureció, el viejo metió al perro. Era probable que la casita de campo careciera de luz eléctrica, porque se veía aún más oscura que el exterior. Una vela solitaria resplandecía en el salón, pero el tirador no lograba vislumbrar el interior de la vivienda a

través del visor. Las sombras del hombre y del perro se alargaron sobre una pared de ladrillos y desaparecieron. La única manera en que podría matarlo en aquel momento, desde aquella posición, sería si el viejo se colocaba justo frente a la ventana con la vela en la mano.

Cuando el sol se hundió detrás de la cordillera, la oscuridad descendió sobre el bosque. No había luna; incluso los objetos más cercanos eran difíciles de distinguir. No se veía nada más que la luz trémula de la vela en la cabaña del viejo. La oscuridad era tan densa que hacía que el aire pareciera húmedo y pesado. ¿Por qué Reseng no se marchaba? ¿Por qué permanecía allí, en la oscuridad? No estaba seguro. Decidió que esperaría la llegada del alba. Cuando saliera el sol, dispararía una sola bala —sería igual que dispararle al objetivo de madera con el que había estado practicado durante años— y volvería a casa. Se metió la colilla en el bolsillo y arrastró los pies hasta su tienda. Como no tenía nada que hacer para pasar el tiempo, se comió un paquete de galletas saladas y se durmió envuelto en su saco de dormir.

DOS HORAS MÁS tarde, un ruido de pasos sobre la hierba despertó de repente a Reseng. Se encaminaban directos a su tienda. Tres o cuatro golpes secos. Un torso atravesaba la hierba alta. No lograba discernir qué era lo que se aproximaba hacia él. Podía ser un jabalí. O un puma. Quitó el seguro y apuntó a la oscuridad con su rifle, hacia el sonido cada vez más cercano. No podía apretar el gatillo aún. Sabía de mercenarios al acecho que habían disparado a la oscuridad por miedo, sin verificar sus objetivos, solo para descubrir que le habían dado a un ciervo o a un perro policía, o peor, a un compañero soldado perdido en el bosque mientras se encontraba en una misión de reconocimiento. Hombres que sollozaban junto al cadáver del hermano de armas muerto por fuego amigo; sus respectivos cuerpos, tatuados y

musculosos, temblando como niñas mientras les contaban a sus oficiales al mando: «No era mi intención matarlo, lo juro». Y tal vez fuera cierto que no lo había sido. Dado que nunca antes habían tenido que enfrentarse al miedo a las criaturas nocturnas, la única cosa que alguien con músculos en vez de cerebro sabía hacer era apuntar y disparar a la oscuridad. Reseng aguardó con paciencia a que lo que fuera que estuviera allí se revelara. Para su sorpresa, lo que emergió de la oscuridad fueron el viejo y su perro.

—¿Qué haces ahí? —preguntó el hombre.

Bueno, aquello era gracioso. Tan gracioso como si el blanco del campo de tiro hubiera caminado hacia él para espetarle: «¿Por qué no me has disparado aún?».

—¿Qué está haciendo usted aquí? Podría haberle disparado —dijo Reseng. La voz le temblaba.

—¿Dispararme tú a mí? Esa sí que es buena —respondió el viejo con una sonrisa—. Estas son mis tierras. Tú eres el que no tiene nada que hacer aquí, el que está durmiendo en propiedad ajena. —Parecía tranquilo. La situación era inusitada, por no decir más, pero el viejo no aparentaba estar en absoluto sorprendido. El desconcertado era más bien Reseng.

—Me asustó. Pensé que era algún animal salvaje.

—¿Eres cazador? —le preguntó, mirando el rifle de Reseng de una manera muy significativa.

—Sí.

—Es un Dragonov. Solo se ven en los museos. ¿Así que los cazadores furtivos de hoy día usan rifles de la guerra de Vietnam?

—No me interesa la antigüedad del rifle mientras pueda derribar a un jabalí. —Reseng trataba de sonar despreocupado.

El hombre soltó una carcajada. El perro aguardaba con paciencia a su lado. Era mucho más grande de lo que le había parecido a través de la mirilla. Y mucho más intimidante que cuando correteaba con un balón sin aire.

—Bonito perro —dijo Reseng. El viejo bajó la mirada hacia el animal y le acarició la cabeza.

—Sí que lo es. Él fue el que te olfateó. Pero ya es viejo.

El mastín no le quitaba los ojos de encima a Reseng. No gruñía ni le mostraba los dientes, pero tampoco era precisamente amistoso. El hombre le dio otra palmada en la cabeza.

—Ya que insistes en quedarte, no pases frío aquí. Ven a la casa.

—Le agradezco la oferta, pero no quiero molestar.

—No es molestia.

El viejo se dio la vuelta y descendió la pendiente a grandes zancadas, con el can a la zaga. No llevaba linterna, pero parecía no tener dificultades para encontrar el camino en la oscuridad. La mente de Reseng daba vueltas. El rifle estaba cargado y listo, y su objetivo se encontraba a menos de cinco metros. Miró al viejo mientras desaparecía en la oscuridad. Un segundo después se echó el rifle al hombro y bajó tras él.

LA CASITA ESTABA caldeada. Un fuego ardía en la chimenea. No había más mobiliario ni decoración que una alfombra raída, una pequeña mesa junto al fuego y unas cuantas fotografías sobre la repisa del hogar. Las fotos eran todas del viejo; en ellas aparecía sentado o de pie en compañía de otras personas, siempre en el centro del grupo. La gente sonreía con rigidez, como si se sintieran honrados porque los hubieran fotografiado junto a él. Ninguna de aquellas imágenes parecía ser de su familia.

—Este año es un poco pronto para encender el fuego —dijo Reseng.

—Cuanto más viejo te haces, más te afecta el frío. Y este año lo siento aún más.

El hombre colocó unos cuantos trozos de madera seca sobre el fuego; durante unos instantes, las flamas se mostraron reacias

a esta nueva incorporación. Reseng se descolgó el rifle del hombro y lo apoyó contra el marco de la puerta. El viejo le echó un vistazo al arma.

—¿No hay veda en octubre?

Los ojos le brillaban. El hombre le había estado hablando en banmal, el coreano informal, como si fueran viejos amigos, aunque aquello no molestaba en absoluto a Reseng.

—Un hombre puede matarse de hambre si trata de seguir todas las leyes.

—Es cierto, no todas las reglas deben obedecerse —murmuró el viejo—. Sería estúpido intentarlo.

Mientras removía los leños con un atizador metálico, las llamas se elevaron y lamieron un pedazo de madera que aún no había ardido.

—Bueno, tengo alcohol y té, elige tu veneno.

—El té suena bien.

—¿No quieres algo más fuerte? Te estabas helando.

—No suelo beber cuando salgo de cacería. Además, es peligroso hacerlo si se duerme a la intemperie.

—Pues date el gusto esta noche —respondió con una sonrisa—. Es muy poco probable que mueras congelado aquí.

Fue a la cocina y regresó con dos tazas de hojalata y una botella de whisky. Luego empleó unas tenazas para retirar con mucho cuidado una tetera del fuego. Sirvió té en uno de los recipientes. Sus movimientos eran apacibles y mesurados. Le entregó la taza a Reseng y llenó la suya, y luego lo sorprendió al verter en ella un chorrito de whisky.

—Si aún no has entrado en calor, un toque de whisky te ayudará a conseguirlo. De cualquier forma, no podrás cazar hasta el alba.

—¿El té va bien con el whisky? —preguntó Reseng.

—¿Por qué no? Todo baja igual.

El viejo le guiñó un ojo. Tenía un rostro apuesto, como el de alguien que hubiera recibido muchos cumplidos en su juventud. Sus rasgos esculpidos le hacían parecer, por alguna razón, rudo y delicado al mismo tiempo. Como si los años hubieran pulido suavemente los ángulos de su rostro, haciéndolos más sutiles. Reseng extendió la taza para que el viejo vertiera un poco de whisky en ella. La fragancia del alcohol ascendió del té caliente. Olía bien. El perro se acercó despacio desde el otro extremo del salón y se echó junto al visitante.

—Eres una buena persona.

—¿Discúlpeme?

—A Santa le gustas —dijo el viejo señalando al perro—. Los perros distinguen a la gente buena de la mala enseguida.

De cerca, los ojos del animal eran asombrosamente afables.

—Tal vez solo es tonto —concluyó Reseng.

—Bebe tu té.

El viejo sonrió. Le dio un sorbo a su té cargado y el tirador hizo lo mismo.

—Nada mal —dijo.

—Sorprendente, ¿verdad? Sabe bien con el café, pero con el té negro es mejor. Calienta el estómago y el corazón. Como abrazar a una buena mujer —añadió con una risilla pueril.

—Si uno tiene una buena mujer, ¿por qué conformarse con abrazarla? —se burló Reseng—. Una buena mujer siempre es mejor que un té cargado de alcohol.

El viejo asintió.

—Supongo que tienes razón. Ningún té se puede comparar con una buena mujer.

—Aunque el sabor es inolvidable, se lo concedo.

—El té negro está impregnado de imperialismo. Es lo que le da su sabor. Algo tan sabroso, por fuerza, esconde una cantidad increíble de matanzas.

—Una teoría interesante.

—Tengo algo de cerdo y patatas. ¿Te apetece un poco?

—Claro.

El viejo salió y regresó con un trozo ennegrecido de carne y un puñado de patatas. La carne tenía un aspecto horrible. Estaba cubierta de tierra y polvo, y algunas partes aún mostraban pelo, pero lo peor era su olor rancio. El viejo empujó el pedazo de cerdo sobre las cenizas calientes del fondo de la chimenea hasta dejarlo cubierto por completo, luego lo ensartó en un espetón de hierro que colocó sobre el fuego. Agitó las llamas con el atizador y envolvió las patatas entre las cenizas.

—Eso no tiene pinta de estar demasiado apetitoso —observó Reseng.

—Viví en Perú algún tiempo. Aprendí este método de los indios. No parece muy higiénico, pero el sabor es estupendo.

—Francamente, el aspecto es desagradable, pero si se trata de alguna receta secreta indígena, supongo que algo de razón debe de tener.

El otro le sonrió.

—Hace un par de días descubrí otra cosa que tengo en común con los nativos peruanos.

—¿Qué?

—No tenemos frigorífico.

El anfitrión le dio la vuelta a la carne. Su rostro se mostraba serio bajo el resplandor del fuego. Mientras pinchaba las patatas con el espetón, les susurraba:

—Más os vale que quedéis deliciosas para nuestro ilustre invitado.

Mientras la carne se cocinaba, se acabó su té cargado y volvió a llenar su taza solo con whisky; luego le ofreció más a Reseng.

Este le alargó su taza. Le gustaba el ardor del destilado al descender por la garganta, el suave calor que irradiaba a su estómago vacío. El alcohol se dispersaba agradablemente a través

de su cuerpo. Durante un momento todo le pareció irreal. Nunca habría podido imaginárselo: un francotirador y su objetivo sentados ante el fuego crepitante de una chimenea, aparentando que son los mejores amigos... Cada vez que el viejo giraba la carne, un aroma delicioso llegaba hasta Reseng. El perro se acercó a la chimenea para olfatear, pero se echó hacia atrás en el último instante y se puso a gruñir, como si le temiera al fuego.

—Tranquilo, Santa, no te preocupes —dijo el hombre al tiempo que le daba palmaditas al perro—. Ya te tocará tu parte.

—¿El nombre del perro es Santa?

—Conocí a este muchacho en Navidad. Ese día él perdió a su dueño y yo perdí la pierna. —Alzó el dobladillo de la pernera izquierda de su pantalón para dejar ver una prótesis—. Él me salvó. Me arrastró a lo largo de casi cinco kilómetros por una carretera cubierta de nieve.

—Esa es una manera tremenda de conocerse.

—El mejor regalo de Navidad de mi vida.

Siguió acariciando la cabeza del perro.

—Es muy manso para su tamaño.

—No del todo. Antes siempre tenía que amarrarlo con correa. Un vistazo a un extraño bastaba para que atacara, pero ahora que ha envejecido se ha vuelto blando. Es raro; no me acostumbro a la idea de que un animal pueda ser tan amistoso con la gente.

El aroma de la carne indicaba que ya estaba cocida. El viejo la pinchó con el espetón y la retiró del fuego. Con un cuchillo de sierra, la cortó en lonchas finas. Le entregó un trozo a su invitado, se sirvió uno y le dio otro al perro. Reseng retiró las cenizas y la probó.

—Qué sabor tan peculiar. No sabe a cerdo en absoluto.

—Está bueno, ¿verdad?

—Lo está. Pero ¿no tendría un poco de sal?

—No.

—No tiene frigorífico ni sal, vaya manera de vivir. ¿Acaso los nativos peruanos también viven sin sal?

—No, no —respondió el viejo—. Se me terminó hace unos pocos días.

—¿Usted caza?

—Ya no. Hace como un mes me topé con un jabalí atrapado en la trampa de un cazador furtivo. Aún estaba vivo. Lo vi jadear y pensé: «¿Debo matarlo ahora o esperar a que muera?». Si esperaba a que muriera, podría culpar de su muerte al dueño de la trampa, pero si lo mataba, entonces el responsable sería yo. ¿Qué habrías hecho tú?

La sonrisa del hombre era inescrutable. Reseng hizo girar el contenido de su taza antes de despachar el alcohol que contenía.

—Es difícil decirlo. No creo que en realidad importe quién matara al jabalí.

El viejo consideró el comentario antes de responder.

—Creo que tienes razón. Cuando lo piensas bien, no importa quién matara al jabalí. De cualquier forma, aquí estamos, disfrutando de un buen jabalí asado al estilo peruano.

El viejo rio a carcajadas. Reseng rio también. No era un chiste, pero el hombre siguió riéndose, y el invitado hizo lo propio.

El hombre estaba de buen humor. Llenó de whisky la taza del otro hasta casi el borde para luego llenar la suya y alzarla en un brindis. Bebieron el contenido de un solo trago. El viejo tomó el espetón y rescató un par de patatas de entre las cenizas candentes. Después de probar una, declaró que estaba deliciosa y le dio la otra a Reseng. Este retiró las cenizas y la probó.

—Sí que está deliciosa —dijo.

—No hay nada como una patata asada en un frío día de invierno.

Reseng comenzó a farfullar.

—Las patatas siempre me recuerdan a alguien... —Tenía el rostro colorado por el alcohol y el resplandor del fuego.

—Me imagino que esta historia no tiene un final feliz —dijo el viejo.

—No lo tiene.

—¿Trata de alguien vivo o muerto?

—Muerto hace mucho tiempo. Yo estaba en África en aquel entonces y recibimos una llamada de emergencia en mitad de la noche. Nos subimos a una furgoneta y nos dirigimos al sitio indicado. Resultó que un joven soldado rebelde se había escapado del campo de prisioneros y había tomado a una anciana como rehén. No era más que un niño, su cuerpo aún tenía formas infantiles. Debía de contar unos quince años, tal vez catorce. Por lo que yo entendía, el muchacho estaba alterado y tenía miedo de morir, pero no representaba una verdadera amenaza. La mujer no paraba de decirle algo. Y entretanto, el chico le apuntaba con un AK-47 en la cabeza con una mano mientras se llevaba una patata a la boca con la otra. Todos sabíamos que no haría nada, pero entonces llegó por *walkie-talkie* la orden de eliminarlo. Alguien apretó el gatillo. Corrimos a verlo de cerca. La mitad de la cabeza del chico había desaparecido y el interior de su boca estaba lleno de los trozos masticados de patata que nunca llegó a tragar.

—Pobrecillo. Seguramente se estaba muriendo de hambre.

—Fue muy raro mirar en la boca de un muchacho al que le faltaba la mitad de la cabeza. ¿Qué habría pasado si hubiéramos esperado diez minutos más? No podía dejar de pensar que si lo hubiéramos hecho, el muchacho habría podido tragarse aquel bocado de patata antes de morir.

—Tampoco creo que tragarse la patata hubiera cambiado nada para ese pobre chico.

—No, claro que no. —La voz de Reseng vaciló—. Pero aun así resulta extraño pensar en esa patata masticada en la boca.

El viejo se terminó su whisky y hurgó entre las cenizas con el espetón para ver si quedaban más patatas. Halló una en el

rincón y se la ofreció a su visita, que la miró inexpresivo y la rechazó con amabilidad. El hombre contempló el tubérculo; su rostro se ensombreció y arrojó de nuevo la pieza a las cenizas.

—Tengo otra botella de whisky, ¿qué me dices? —preguntó. Reseng lo pensó un momento.

—Como usted quiera —respondió.

El viejo llevó otra botella de la cocina y se sirvió un poco. Los dos bebieron en silencio mientras contemplaban la danza de las llamas en la chimenea. Cuanto más achispado se sentía Reseng, más se apoderaba de él una sensación de profunda irrealidad. Los ojos del anfitrión permanecían clavados en la lumbre.

—El fuego es tan bello... —dijo Reseng.

—Las cenizas lo son aún más, una vez que llegas a conocerlas.

Hizo girar lentamente el contenido de su taza mientras contemplaba las llamas. Entonces sonrió, como si hubiera recordado algo gracioso.

—Mi abuelo era ballenero. Fue antes de que prohibieran la caza de ballenas. No creció cerca del mar; de hecho, provenía del interior de la provincia de Hamgyong, pero viajó al sur, al puerto de Jangsaengpo, para trabajar y terminó convirtiéndose en el mejor arponero del país. Durante una de sus expediciones balleneras, un cachalote lo arrastró a gran profundidad. Al arponear el lomo de la ballena, la cuerda se le enredó en un pie y lo tiró por la borda. Aquellos endebles barcos balleneros de la era colonial, con sus arpones de mala calidad, no podían competir contra un animal tan grande. Un cachalote macho puede crecer hasta medir dieciocho metros de longitud y pesar hasta sesenta toneladas. Piénsalo. Son como quince elefantes africanos adultos. Jamás me atrevería a molestar a nada tan enorme, ni aunque fuera un animal inflable de juguete. De ninguna manera, ni en broma. Pero mi abuelo era distinto. Él clavó su arpón en aquella ballena gigante.

—¿Y qué pasó después?

—Un caos total, por supuesto. Mi abuelo me contó que la conmoción tras caer de la proa lo aturdió tanto que no sabía si estaba soñando o alucinando. Mientras tanto, una ballena furiosa lo arrastraba a las oscuras profundidades del mar sin que pudiera evitarlo. Me relató que la primera cosa que vio, cuando por fin logró salir de su estupor, fue una luz azul proveniente de las aletas del cachalote. Se quedó mirando aquella luz, sin pensar en el peligro en que se encontraba. No podía parar de repetir lo misterioso, tranquilo y hermoso que era. Un monstruo de dieciocho metros recorriendo el negro océano con aletas azules que resplandecían. Traté de explicarle con delicadeza, puesto que a mi abuelo casi se le habían saltado las lágrimas tan solo de recordarlo, que no había forma de que las aletas del cachalote hubieran podido brillar así porque no son animales bioluminiscentes. Y él me arrojó su orinal a la cabeza. ¡Ja! ¡Qué mal genio tenía! Le contaba aquella historia a cada persona que conocía. Yo le decía que todo el mundo pensaba que estaba mintiendo por aquello de las aletas, pero lo único que él decía al respecto era: «Lo que la gente dice de las ballenas es mentira. Porque todo lo que dicen viene de los libros. Las ballenas no viven en los libros; viven en el océano». De todas formas, se desmayó después de que la ballena lo arrastrara al mar.

El viejo llenó su taza hasta la mitad y tomó un sorbo.

—Dijo que cuando volvió en sí, una inmensa luna llena flotaba en el cielo nocturno y las olas le lamían la oreja. Pensó que la suerte estaba de su lado y que la marea lo había empujado hacia un arrecife. Pero resultó que se encontraba sobre la cabeza de la ballena. Increíble, ¿no te parece? Allí estaba mi abuelo, echado encima del animal, mirando una boya, en medio de un creciente charco de aceitosa sangre roja de ballena, mientras el animal lo impulsaba fuera del agua con la cabeza, con el arpón aún clavado en el lomo. ¿Puedes imaginarte algo más extraño e incomprensible? He sabido de ballenas que alzan fuera del agua

a una compañera herida o a un cachalote recién nacido, para que puedan respirar. Pero en este caso no se trataba de una compañera ni de una cría de ballena, ni siquiera de una foca o un pingüino. Era mi abuelo, un ser humano, ¡y justo la misma persona que le había incrustado un arpón en el lomo! Si te soy sincero, no entiendo por qué la ballena lo salvó.

—No, no tiene ningún sentido —dijo Reseng, tomando un sorbo de whisky—. Uno pensaría que la ballena lo haría pedazos.

—Permaneció allí, sobre la cabeza de la ballena, durante un largo rato, incluso después de haber recobrado la consciencia. Era incómodo, por decirlo de algún modo. ¿Qué puedes hacer cuando estás atrapado encima de una ballena? Allí no había nada más que la luna plateada, las olas oscuras, el cachalote derramando cubos de sangre y él, a salvo pero jodido por completo. Mi abuelo me contó que el espectáculo de toda aquella sangre a la luz de la luna lo hizo disculparse con la ballena. Era lo menos que podía hacer, ¿sabes? Quería sacarle el arpón, pero era más fácil pensarlo que llevarlo a cabo. Lanzar un arpón es como tomar una mala decisión en la vida: es muy fácil hacerlo, pero es imposible retractarse una vez que se ha infligido el daño. Lo que sí hizo fue cortar la cuerda con la navaja que llevaba al cinto. Y nada más cortarla, la ballena se hundió en el agua y emergió a cierta distancia, para apuntar después directa hacia mi abuelo, que se había aferrado a la boya y luchaba por mantenerse a flote. Dijo que la ballena lo miró chapotear patéticamente, lleno de vergüenza, aún enredado en la cuerda del arpón que él mismo había arrojado. Según mi abuelo, la bestia se acercó a él y lo contempló con su enorme ojo oscuro, una mirada llena de curiosidad inocente que parecía decir: «¿Cómo es que un cobarde como tú ha podido clavarle un arpón a alguien como yo? ¡Eres más valiente de lo que crees!». Y entonces, contaba, la ballena le dio un empujoncito juguetón, como diciéndole: «Oye, chaval, eso ha

sido muy atrevido de tu parte. ¡Más vale que no vuelvas a intentar un truco tan peligroso como ese!». Toda la sangre que estaba perdiendo volvía turbias las aguas y aun así el animal parecía pasar por alto el hecho de que mi abuelo lo había apuñalado por la espalda. Cada vez que llegaba a esta parte de la historia, se daba una palmada en la rodilla y gritaba: «¡El corazón de ese monstruo era igual de grande que su cuerpo! Distinto por completo a nosotros, los mezquinos humanos». Contaba que la ballena permaneció a su lado toda la noche, hasta que el barco ballenero los alcanzó. Los otros balleneros habían buscado a mi abuelo por entre las boyas. En cuanto el bote apareció a lo lejos, la ballena nadó en círculos alrededor de él, tal que si se despidiera, y luego se sumergió, aquella vez más profundamente que antes, con el arpón que llevaba grabado el nombre de mi abuelo aún vibrándole en la espalda. Increíble, ¿no?

—Sí, es una historia increíble —dijo Reseng.

—Supongo que después de haberse salvado por los pelos de una muerte así, mi abuelo empezó a reconsiderar en serio la caza de ballenas. Le dijo a mi abuela que no quería regresar. Ella era una mujer muy bondadosa y paciente. Lo abrazó y le dijo que si tanto odiaba cazar ballenas, que dejara de hacerlo. Él me contó que sollozó como un bebé en los brazos de la abuela y que le dijo: «¡Tuve tanto miedo!». Y después de eso abandonó la caza de ballenas durante un tiempo. Pero sus días de lágrimas no duraron mucho. Eran muy pobres, había demasiadas bocas que alimentar y la caza de ballenas era el único oficio que conocía. No tenía otra manera de dar de comer a todos los hijos hambrientos que piaban a su alrededor como gorriones. Así que volvió al trabajo y siguió arrojando su arpón contra toda ballena que avistaba en el mar de la China Oriental, hasta que se retiró a la edad de setenta años. Pero todavía sucedió otra cosa insólita: en 1959 se encontró de nuevo con el mismo animal, justo treinta años después de su milagrosa salvación. Aunque todavía llevaba

el viejo y oxidado arpón de mi abuelo clavado en el lomo, la ballena nadaba alegre, libre y orgullosa, como si aquella lanza hubiera estado siempre allí y simplemente formara parte de su cuerpo. De hecho, es bastante común oír hablar de ballenas que sobreviven muchos años después de haber sido alcanzadas por un arpón. Incluso dicen que una vez, en el siglo XIX, atraparon a una ballena que aún llevaba clavado un gancho del siglo XVIII. En cualquier caso, el animal no se alejó nadando cuando vio el barco ballenero; de hecho, nadó hasta el bote de mi abuelo, con el hierro apuntando al cielo como un periscopio, y giró despacio en círculos a su alrededor. Fue como si le dijera: «¡Oye! ¡Hacía mucho que no te veía, viejo amigo! Pero ¿cómo? ¿Sigues cazando ballenas? No sabes cuándo dejarlo, ¿verdad?».

El viejo soltó una carcajada.

—Su abuelo debió de sentirse muy apenado —dijo Reseng.

—Puedes estar seguro. Los marineros contaban que cuando mi abuelo vio a la ballena, cayó de rodillas. Se tiró de bruces en cubierta y soltó un alarido. Lloró y gritó: «¡Ballena, perdóname! ¡Lo siento mucho! ¡Qué terrible debe de ser haber nadado todos estos años con un arpón clavado en el lomo! Cuando nos despedimos, quise dejarlo, lo juro. Es probable que no lo sepas, porque vives en el mar, pero las cosas en tierra son realmente duras. Todavía vivo en una casa de alquiler y mis mocosos comen demasiado, te sorprendería saber lo que cuesta alimentarlos. Tuve que volver para poder sobrevivir. ¡Perdóname! Reunámonos de nuevo y echemos un trago. Yo invito al alcohol si tú cazas un calamar gigante para que piquemos algo. Diez cajas de soju y un calamar gigante asado deberían bastar. Lo lamento mucho, ballena. Siento haberte apuñalado en la espalda con un arpón. Lamento ser un idiota. ¡Bua, bua, bua!».

—¿De verdad le gritó todo eso a la ballena? —preguntó el otro.

—Dicen que así fue.

—Era un hombre muy gracioso, su abuelo.

—En efecto, lo era. De cualquier forma, después de eso renunció a la caza de ballenas y se marchó para siempre del puerto de Jangsaengpo. Fue a Seúl y se pasaba el día bebiendo. Imagino que se sentía bastante atrapado, dado que ya no podía volver al mar y encima la alambrada de púas que se extendía a lo largo del paralelo treinta y ocho le impedía regresar a su pueblo natal. Así que cuando se emborrachaba, hablaba con todo el mundo y empezaba de nuevo con aquella vieja y aburrida historia de ballenas. La contaba una y otra vez, a pesar de que la gente la había escuchado ya cientos de veces y nadie quería volver a oírla. Pero no lo hacía para jactarse de sus aventuras en alta mar. Él creía que las personas debían emular a las ballenas. Decía que la gente se había vuelto minúscula y taimada como las ratas, y que los días de avanzar con enormes, lentas y hermosas zancadas se habían esfumado. La era de los gigantes había terminado.

El viejo apuró su whisky. Reseng se llenó la taza y tomó un sorbo.

—Hacia el final de su vida, mi abuelo supo que padecía un cáncer terminal de hígado. Como buen marinero, había ingerido alcohol desde los dieciséis hasta los ochenta y dos años. Pero creo que aquella noticia no le importó nada, porque tan pronto regresó a casa después de ver al doctor, se puso a darle a la botella de nuevo. Reunió a sus hijos y les dijo: «No voy a ir a ningún hospital. Las ballenas aceptan cuando les llega la hora». Y nunca volvió al médico. Al cabo de un mes más o menos, mi abuelo se vistió con sus mejores ropas y regresó al puerto de Jangsaengpo. Según los marineros del lugar, llenó un pequeño bote con diez cajas de soju, tal y como había dicho que haría, y remó hasta desaparecer en el horizonte. No regresó. Su cuerpo nunca se halló. Tal vez remó hasta captar el aroma del ámbar gris y encontrar a su ballena. Si así fue, estoy seguro de que abrió las diez cajas de soju aquella misma noche mientras se ponía al día con

el animal, después de diez años de no haberse visto, y si no, es probable que deambulara por el océano, bebiendo solo, hasta su muerte. O quizá aún ande por ahí en algún lugar.

—Qué buen final.

—Es una manera digna de partir. A mi juicio, un hombre debería ser capaz de elegir una muerte que le dé un fin digno a su vida. Solo aquellos que siguen su destino pueden elegir su propia muerte. Pero yo no. He sido un gusano toda la vida, por lo que no merezco morir con dignidad.

El viejo sonrió con amargura. Reseng no supo qué responderle. El semblante del hombre era tan sombrío que se sentía obligado a decir algo alentador, pero no se le ocurría nada. El anciano rellenó su taza con whisky y se lo bebió de un trago. Se quedaron en silencio durante un rato. Cada vez que las llamas se apagaban, Reseng añadía más leña al fuego. Y mientras bebían a sorbos su whisky en medio de un agradable silencio, cada trozo de madera ardía, chisporroteaba y llameaba ferozmente, para luego consumirse con lentitud hasta quedar reducido a brasas incandescentes y, más tarde, a cenizas blancas.

—La verdad es que esta noche he hablado por los codos. Dicen que cuanto más viejo se vuelve uno, más abierto debe tener el monedero y más cerrada la boca.

—Oh, no, me lo he pasado muy bien.

El viejo sacudió la botella y miró el fondo. Quedaba poco menos de una taza.

—¿Te importa si me la termino?

—Faltaría más —respondió Reseng.

El hombre se sirvió lo que quedaba y se lo bebió de un solo trago.

—Creo que será mejor que lo dejemos por esta noche. Debes de estar agotado. Tendría que haberte dejado dormir y en vez de eso no he parado de hablar.

—No, ha sido una velada muy agradable, gracias a usted.

El viejo se acurrucó en el suelo, a la derecha de la chimenea. Santa se acercó despacio y se echó junto a él. Reseng se acostó en el lado izquierdo. Las sombras de los dos hombres y la del perro danzaban sobre la pared de ladrillos que estaba frente a ellos. Reseng miró su rifle, apoyado contra el marco de la puerta.

—Desayuna algo antes de marcharte mañana —dijo el viejo girándose de lado—. No querrás ir a cazar con el estómago vacío.

Reseng titubeó un segundo antes de responder:

—Claro, así lo haré.

El crepitar del fuego y la pausada respiración del perro sonaban extrañamente fuertes. El hombre no volvió a decir palabra. El tirador permaneció un largo rato oyendo al viejo y al perro respirar mientras dormían, hasta que al final concilió el sueño. Durmió plácidamente.

Cuando despertó, el anciano se encontraba preparando el desayuno. Una comida sencilla consistente en arroz blanco, *kim-shi* de rábano y sopa de *doenjang* con patatas cortadas en rodajas. El viejo no habló mucho. Comieron en silencio. Tras el desayuno, Reseng se apresuró a marcharse. Al salir, el hombre le entregó seis patatas hervidas envueltas en un paño. Reseng tomó el bulto y se despidió con cordialidad. Las patatas todavía estaban calientes.

PARA CUANDO RESENG volvió a su tienda de campaña, el viejo regaba las flores de nuevo. Igual que el día anterior, inclinaba la regadera con gran cuidado, como si estuviera sirviendo té. Después, igual que el día anterior, se puso a hablar con las flores y los árboles, y les hizo gestos. El tirador ajustó mínimamente la mira telescópica. La flor que le resultaba familiar apareció más clara y nítida en el objetivo, y luego se volvió a desenfocar. Aún no lograba recordar su nombre. Debería habérselo preguntado al viejo.

Era un bonito jardín. Dos árboles de caqui se erguían despreocupadamente en medio del patio mientras las flores de los arriates aguardaban con paciencia la llegada de su estación. Santa se acercó al viejo y frotó la cabeza contra el muslo del hombre. Este le dio una palmada. Estaban hechos el uno para el otro. El anciano arrojó el balón de fútbol desinflado hacia un extremo del jardín. Mientras el animal corría a buscarlo, él regó más flores. ¿Qué les decía? Si se le observaba con más atención, quedaba claro que cojeaba levemente. Si al menos Reseng le hubiera preguntado qué le había pasado en la pierna izquierda... «No es que eso hubiera cambiado las cosas», pensó. Santa regresó con el balón. Aquella vez el viejo lo arrojó más lejos. El can debía de estar de buen humor, porque se puso a corretear en círculos antes de alcanzar el final del jardín para buscar la pelota. Parecía que el hombre había terminado de regar las plantas. Dejó la regadera en el suelo y sonrió con alegría. ¿Estaba riendo? ¿Aquel rostro que parecía una máscara de madera tallada se estaba riendo?

Colocó el punto de mira sobre el pecho del hombre y disparó.